

Los Libros

LA SIESTA DE LOS PECES, *Poemas por Antonio de Undurraga.*—
Editorial Nascimento.—Santiago.

Alguna aspereza, acaso alguna dureza es la que sale al encuentro del visitante que interrumpe esta «siesta de los peces». El material todavía no es greda dúctil ni flexible plastina. Hay más compacta masa de indestructible cemento, de piedra robusta, rebelde al afanoso impulso modelador. O manos que todavía no alcanzan la necesitada adultez, la deseada pericia para conseguir la imagen apetecida, para extraer la rosa trabajada largamente en el sueño.

Dificultad en la entrega, resistencia en dejarse derrotar el objeto dividido del canto, no obstante el cerco apretado y pertinaz que, sin embargo, lentamente estrecha su nudo, acerca su fuerza en juvenil crecimiento, con ímpetu que obligadamente conquistara la jerarquía de vencedor. Porque es rápido el proceso de maduración y lo que ahora tiene dulce forma de esperanza sea luego concluída fruta, con sabiduría de jugo y almendra ejemplar y corteza peluda de virilidad enhieta denunciando sus interiores aguas, ya terminadas para su función creadora de gozo. Entretanto, escuchémosle:

«Esencia de flores jóvenes
en su ágil lengua la brisa
gustaba obstinadamente.

Una ronda de alta vida
pintaban los brotes tiernos
en hombros de las encinas
y mientras en las magnolias
se iba diciendo una misa,
a instantes probé muy hondo
en tus labios fruta viva».

¿Será a veces una palabra o dos o más palabras las que despiertan la memoria del lector, haciendo juntar letras, formar sílabas hasta sorprenderse con la estructura de un nombre que no es el de Undurraga? Es posible, porque el nombre aparece. No es que en la poesía de Antonio de Undurraga haya rastros firmes o surcos poderosos, donde vivan herencias de ajenas pisadas o donde fructifiquen semillas, foráneas. Pero otro ser ha pasado. Otro labriego dejó caer una legumbre. Y en el aire y en la tierra, pero sólo en un apartado recodo de su poesía, hay un olor y un tallo extraño que mañana tendrá que ser obliterado y arrancado. Y los ojos visitantes no encontrarán paisajes que evoquen otros:

«Era un carnaval de pétalos
que se ahogaba en la brisa;
la brisa como profunda
y aromada Colombina
en los árboles danzaba
y a ambos nos envolvía
en su falda de aire y pétalos;
y danza, danza en las lilas,
salta, corre, pisa el agua,
levanta su crinolina
de pétalos de durazno
y el árbol muere de risa,
mientras pruebo yo en tus labios
sabores de fruta vida».

La siesta de los peces—el título—sugiere poemas de motivación marina o de elementos vinculados al mar y a su zona de salobre influencia. Sin embargo, únicamente dos poemas, *Resumen de los veleros desmantelados* y *Memorándum marino*, poseen su sabor y están bajo el signo de su contacto. Los demás se nutren de la naturaleza mediterránea y variadas expresiones telúricas tienen en ellos cabida y viabilidad poética, siendo apto Undurruga para elaborar la imagen objetiva. Cuida, además, el útil del lenguaje, manejando su instrumento con alegre decencia, aunque su dominio cierto en relación al motivo no siempre es total, ni la plasticidad entrega tampoco, siempre su cuerpo ondulante. Pero existe ya mucha capacidad de equilibrio y responsabilidad de la fuerza naciente que con inteligencia dirige Antonio de Undurruga hacia climas saludables.

Suavemente, capta finos estados íntimos o evoca con alguna dulzura cualquiera esquina de su infancia:

«¡Oh! el corredor inmenso con delantal de luna
que con él recorría en el rojo verano
con mis pasos de niño aferrado a su mano,
con mi traje de brin y alegría oportuna».

Pero no es sólo esa realidad grata la que entra, perdurando, en su corazón; también la otra, más dura, sin el blando tejido lunar y que ensombrece el claro recuerdo infatil:

«¡Oh! aquella casa antigua
pintada de amarillo y a mi infancia contigua;
¡oh! aquella casa arcaica de vastos corredores
que fué lenta madera de los acreedores».

«El poeta, dice Undurruga, muestra un resultado, pero oculta un proceso». Discreto resultado, en este caso que, sin

embargo, está indicando una poesía más segura, cuya proximidad vertical sentimos ya muy cercana.



FELISA Y YO, por *Enrique Serpa*.—Editores *Alvarez Pita*.—
La Habana, Cuba. 1937.

El título de este volumen nos indujo a suponer que estábamos frente a una «novela rosa». Esto nos impidió, por algún tiempo, la excursión a través de sus páginas. Cuando empezamos a hojearlo, lo hicimos con desgano; pero rápidamente nuestra atención fué conquistada, desde el primer relato, que da el nombre al libro y que es una pieza de fina e incisiva ironía, donde la introspección juega una actividad de consistente volumen, a veces un tanto amarga y si se quiere, con cierto derrotado cinismo.

Desde la primera frase, este relato atrae: «Tengo una amiga que ha rehusado siempre ser mi amante». De escasa movilidad anecdótica, el monólogo y el diálogo, son los que lo animan. Una vena erótica, sin dramatismo, lo recorre y un sabor picante alegra a menudo sus páginas. O el personaje analiza y se analiza con cuidado:

«El deseo que no se satisface se transforma en sentimentalismo como se convierte en toxinas el alimento indigerido. Y el sentimentalismo, que no es sino una parodia de sentimiento, concluye, fatalmente, en algo igualmente hipócrita: se resuelven palabras. Como todo auténtico sentimental, yo no soy, en definitiva, sino un lujurioso tímido que se embosca tras una máscara.

«¡Si pudiera desaguar mi erotismo...!, continúa. Una buena limpieza sexual me dejaría claro el espíritu. Pero Felisa se niega, y tengo que resignarme al consuelo de las frases. Las escribo a todas horas: por la mañana, por la tarde y por la no-